

CARMEN MARTÍN GAITE

Una generación de postguerra

En la década de los cincuenta empiezan a darse a conocer tímidamente en España los nombres de una serie de prosistas jóvenes, a cuyo grupo, etiquetado hoy en los manuales de literatura como «la generación del medio siglo», pertenezco yo.

Conviene puntualizar, antes de seguir adelante, que desde aquellos años a esta parte el término «generación» ha venido cuestionándose mucho, y ya no es admitido con la ciega adhesión que solemos prestar a las terminologías de moda. Efectivamente, en la inmediata posguerra la palabra «generación» se usaba a troche y moche. (Recuerdo que la criada de una familia vinculada con las letras, cuyo nombre no hace al caso, le aclaró en estos términos al dueño de la casa la identidad de un amigo que le había telefoneado: «Era un señor como de la generación de usted».)

Ahora que, al cabo de tanto tiempo, me veo encasillada en un apartado cronológico, del cual al mismo tiempo se me pide que hable, me parecen razonables las reservas con que hoy se admite el concepto de generación –que como es sabido puso en circulación Ortega y Gasset– y que se haga más bien referencia a grupos, ya que el agruparse parece menos rígido, más sometido a los vaivenes del azar, que el sentirse enmarcado de antemano dentro de las precisas clasificaciones orteguianas.

Pero, dejando esta cuestión de palabras a los expertos en ella, prefiero ceñirme a mis propios recuerdos y lecturas para preguntarme qué afinidades podrían justificar el hecho de meter en el mismo saco al grupo de prosistas españoles que ahora andamos –año arriba año abajo– por la sesentena, y a los que seguirían andando con nosotros, si la muerte no les hubiera cortado el paso.

Volviendo la vista atrás, creo que las afinidades de este grupo, que Josefina Aldecoa ha llamado «los niños de la guerra», se basan, más que en la creencia de que había algo nuevo que decir, en la tentación de arremeter contra todo lo viejo que hubiera que echar abajo.

Nacidos entre 1925 y 1930, en sus años universitarios se agruparon en Madrid en torno a *Revista Española*, auspiciada por Rodríguez Moñino, y en Barcelona en torno a la revista *Laye*, alentada por Castellet y Manuel Sacristán.

Las historias narradas por estos nuevos autores, Ignacio Aldecoa, Ana María Matute, Juan Goytisolo, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Medardo Fraile y yo misma, entre otros, se caracterizan de forma casi unánime por no tener un final feliz ni ofrecer moraleja. Se diría que su única pretensión es la de presentar algunos retazos de la realidad circundante y dejar vislumbrar los conflictos de los hombres y mujeres que la padecían. Pero nunca brindan una solución. Sus protagonistas se limitan a ser testigos de lo que cuentan.

¹ Para ampliar este tema, consúltese «En torno a Galileo», un ciclo de conferencias pronunciadas por Ortega en 1933, y de modo especial la lección IV: «El método de las generaciones en la historia», en Obras completas, tomo V, págs. 53 y ss. (N. de la A.)

Muchos de los autores citados ejercitaron esta mirada testimonial ensayando el género del relato corto como iniciación en su andadura de prosistas. El ejercicio de la literatura, como el de la mayoría de los oficios, estaba jalonado entonces por graduales etapas de aprendizaje. Y, de la misma manera que un carpintero o un fumista, antes de soñar con llegar a maestro, pasaba por aprendiz y oficial, casi nadie que se sintiera picado por la vocación de las letras se atrevía a meterse con una novela, sin haberse templado antes en las lides del cuento: género tal vez más propio para sugerir, para captar el latido de un trozo de vida, sin verse precisado a buscarle antecedentes ni precedentes. Una técnica de apunte impresionista donde el final no indica que nada quede cerrado de forma definitiva.

Volviendo a las afinidades temáticas de estos relatos, ya fueran largos o cortos, su latente rechazo a la imperante moral de triunfo es una consecuencia de las circunstancias históricas que habían presidido la infancia de estos «niños de la guerra». Las cuales no podían dejar de reflejarse luego en sus primeros intentos de desdoblarse en personajes de ficción.

Bien es verdad que los protagonistas de las novelas y cuentos publicados al filo de los años cincuenta, además de su papel de testigos, dejan constancia de una cierta desazón y parecen estar buscando un espacio más amplio y satisfactorio para sus existencias, menos opresivo. En este sentido pueden ser tomados por inconformistas. Pero no suele tratarse de una búsqueda arriesgada ni heroica de la libertad, sino más bien de una añoranza de ella, como si estuvieran persuadidos de la falacia que entraña todo empeño heroico. Nadie les va a dar gato por liebre. Si dejan constancia de algo es precisamente de su desencanto y de su lucidez. Están desengañados, pero no engañados. ¿Cuáles son las raíces de esta actitud?

Yo creo que para entender este nuevo brote de escepticismo en la literatura española (similar en algunos aspectos al que se produjo a partir de 1898) no basta con estudiar el fenómeno dentro de su marco histórico -cosa que, además, ya se ha hecho y con gran acierto en muchas ocasiones-, sino también en lo que significa como opción de recambio ante una retórica del heroísmo (toda la de la década anterior) que había empachado hasta la náusea y empezaba a rechazarse ya abiertamente por huera y caduca.

Al terminar la guerra civil española, es decir, cuando los escritores a que he aludido teníamos entre ocho y trece años, lo que más parecía preocuparle al Gobierno español era mantener artificialmente en vigor una moral guerrera: que cundiera el entusiasmo, que nadie se apeara de las nubes. A cualquier conato de crítica o de pesimismo se les descubría inmediatamente una sospechosa filiación con estilos de cuyo cultivo sólo podían derivarse la rebeldía y la murmuración, en una palabra, el desgobierno. Se intentaba mantener la permanencia en las nubes, se exigía del

² En 1945, Ignacio Aldecoa, de veinte años, obtuvo el premio Juventud con su relato breve «Seguir de pobres», donde se transcriben las fatigas de cinco segadores que bajan a Castilla en busca de trabajo, contrastando -como lo vivo frente a lo pintado- con los carteles de propaganda donde los campesinos, abrazando haces de espigas, exhalan alegría primaveral. Es una pequeña obra maestra, precursora de lo que luego se llamaría «literatura social». (N. de la A.)

³ Pienso, sobre todo, en los estudios de Gonzalo Sobejano y de Ignacio Soldevilla Durante. (N. de la A.)

ciudadano español que siguiera viviendo con la misma tensión de la moral de batalla, aunque fuera para aplicarla a tareas tan mezquinas como la de ir tirando de una sociedad más atenta a la grandilocuencia de los discursos que al fomento de verdaderos alicientes. Y había un empeño compulsivo por ahuyentar la tristeza, la angustia existencial. De la vacua palabrería con que se elaboraba este catecismo, desvinculado de los problemas reales a que se enfrentaba el español diario, quedan huellas en publicaciones de la época como *Vértice*, *Haz*, *Alférez*, *Alcalá*, *La Hora*, *Medina*, *Chica* y tantas otras.

Los novelistas extranjeros más leídos eran Daphne du Maurier, Maurice Baring, Somerset Maugham, Louis Bromfield y Charlotte Brontë. Ni que decir tiene que, entre los españoles, los autores de la generación del 98 fueron escasamente reeditados. El género que producía más dinero era el de la novela rosa, donde destacó Carmen de Icaza, portavoz de los ideales de la Sección Femenina, que aconsejaba sonreír por precepto.

Pero frente al entusiasmo, vocablo clave de la retórica falangista, empezaba a asomar, como monstruo de tres cabezas, la palabra «angustia». En junio de 1952 se reconocía en la revista *Alcalá* que «en torno a esta palabra gira la mayor parte del problema espiritual de nuestro tiempo», para acabar recetando contra ella «la alegría y la poesía que promete», implícitas en la doctrina de José Antonio. Pero, en los años cincuenta, predicar la alegría joseantoniana como antídoto de la apatía reinante era intentar curar el cáncer con aspirina.

«Sólo hemos tenido mitos, inmensos mitos que se nos han ido desinflando - protesta en *Alcalá* Sainz de Buruaga en 1955-. Las últimas promociones están ya hartas de mitos, de generalizaciones abstractas y falsos trascendentalismos. Hoy la verdadera revolución es decir la verdad... La actual juventud no discute. Sencillamente bosteza.»

Un año más tarde aparecería un libro que iba a ser un *best-seller* y que significaba la epopeya del aburrimiento: *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio.

Y en 1955 se saludaba la aparición de *Juegos de mano*, de Juan Goytisolo, reconociendo como principal mérito literario de la novela el haber elegido el tema de «una juventud perdida que ha renunciado a toda esperanza humana y toda energía moral».

Una crítica de estas características habría sido impensable diez años antes. Algo estaba cambiando.

Diario 16. Culturas, 21 de abril de 1990.
(Este artículo fue incluido en *Tirando del hilo* [ed. de J. Teruel, Madrid, Siruela, 2007]).

Cortesía de Ana María Martín Gaité

⁴ Antonio Vilanova, revista *Destino*, 26 de febrero de 1955. (*N. de la A.*)

⁵ En este suplemento, bajo el título «¿Qué queda de las generaciones?», colaboraron además Juan García Hortelano («Los abajo firmantes»), Rosa Chacel («El vacío»), Ángel Crespo («Imaginario colectivo»), José Manuel Caballero Bonald («Compañeros de viaje»), María Zambrano («Jaime en Roma») y José Ángel Valente («Muñecos de serrín»).